



Coloquio: “A cien años de *Más allá del principio del placer*”

Adriana Hercman

Buenas tardes, agradezco a la Directora, al Directorio, a los miembros de la Escuela, a los invitados y a las integrantes de la Secretaría de Relaciones Institucionales por la organización de este coloquio.

Es una alegría y un honor representar a la Escuela en estos cien años de “*Más allá del principio del placer*” que invitan a una pregunta: ¿dónde estamos respecto del decir que se desprende del texto?

Los analistas que nos reconocemos freudianos con orientación lacaniana no concebimos la práctica del análisis fuera del discurso de Freud y esto hace falta decirlo si consideramos el borramiento que sufrió y sufre su palabra, ayer entre sus discípulos y hoy desde corrientes analíticas que cierran el acceso al filo ético de su decir.

Freud arribó a las formulaciones del '20 por haber sostenido -en el “*hable, lo escucho*”- la apertura de un campo de resonancia en el que a partir de los dichos en transferencia, puede producirse un decir. Retornar a Freud es entonces retornar al decir de Freud que existe, cada vez y en cada sesión, a los dichos analizantes.

El escrito produce un giro en la práctica y la teoría analítica al que Oscar Masotta, fundador de nuestra Escuela junto a Norberto Ferreyra y Anabel Salafia, consideró una vuelta de tuerca porque en él, como en el cuento de James, el juego entre la vida y la muerte subvierte la idea clásica de la realidad.

Tras producir como enunciación primera la existencia del inconsciente como saber articulado sin sujeto que lo sepa, el encuentro con la repetición puso a Freud en la pista de la pulsión de muerte y lo llevó a introducir lo que resultó ser aún más escandaloso y difícil de asimilar: un más allá del principio del placer articulado a la pulsión de muerte y a la función de repetición.

Donde los analistas se habían detenido, Lacan no superó ni sustituyó sino que prolongó al Freud que -subvirtiéndola toda ética que identifique el bien con el placer y la pulsión con el instinto- se abocó a desentrañar la lógica de los actos a los que el hablante se consagra: el que descubrió en la queja y en el síntoma una satisfacción difícil de abandonar, el que reveló que en la punición hay goce y que el hablante, explotado como

objeto en el fantasma, se empeña en avanzar por la vida erigiendo algún juez que lo condene o un verdugo que lo castigue.

Los posfreudianos habían limpiado, exorcizado al concepto de repetición de pulsión de muerte cuando Lacan lo retomó e hizo de las formulaciones freudianas, discurso, articuló la economía libidinal de la que hablaba Freud a una economía discursiva regulada por el término que ocupa cada vez el lugar de semblante e hizo del “más allá del principio del placer” lo que da todo su peso al término campo cuando se trata de goce, campo que anheló llevara su nombre y cuya formalización dejó a cargo de quienes lo continuamos.

Lacan parte del discurso del amo en el que un significante se repite ante otro y de esa articulación surge como efecto el sujeto dividido y resta un objeto. La lógica es la de la repetición y si lo que precisa de la repetición es el goce es porque se trata a la vez de su conmemoración y su pérdida, de la memoria del objeto perdido que vía repetición podrá, en un análisis, inscribirse como falta produciendo una modificación en la economía pulsional.

Lacan leyó la repetición con el rasgo unario, insignia de la omnipotencia del Otro que aliena al hablante en una identificación que posibilita la cadena de la que es efecto.

Pero no se trata de la unidad unificante del yo en que derrapó la ortopedia analítica sino de lo que en el decir surge como diferencia en la repetición, de las contingencias de las que surge el sujeto, de los equívocos que hablan del desarreglo estructural de la vida amorosa, de la inexistencia de la relación sexual.

Sabemos la importancia que tiene el hecho de que un discurso disponga de un significante mayor que asegure al sujeto una barrera frente al goce. A falta de afirmación del significante corresponde lo que Anabel Salafia trabajó como fracaso de la negación, que en nuestra práctica encontramos como reacción terapéutica negativa o como expresión del fantasma que da su lógica a la variedad de actos que -ejecutados en nombre del Bien- pueden significar para el analizante la expresión descarnada de la pulsión de muerte, la reducción a un cuerpo, la abolición de toda demanda, el anonadamiento total.

Fracaso que en los fenómenos colectivos encontramos bajo la forma de increencia y negacionismo trazando un horizonte que habilita a la instigación recíproca de los goces, el sacrificio a dioses oscuros, poderes totalitarios y servidumbres voluntarias.

En su lectura de Freud, Lacan ubicó el trauma en la entrada al lenguaje. El significante que viene del Otro, marca el cuerpo desde entonces mortificado por la palabra, separa cuerpo y goce produciendo a partir del rechazo del ser la dimensión de la existencia que se sostiene en la palabra.

No habiendo entonces goce absoluto, del goce sólo sabremos por sus especies: las formaciones del inconsciente sostenidas en una realidad de fantasma que, como condición de lazo al otro, dará trama y argumento a un modo repetitivo e inercial de gozar.

Con cada repetición unaria del significante, cada vuelta dicha en el análisis, el objeto *a* cava un hueco en el Otro, produciendo un efecto de agujero, *enforma de a*, pasaje de un Otro al otro según una topología del Otro que no es un Uno ni un Todo sino un lugar, terraplén limpio de goce, donde se inscribe lo que se articula como discurso.

El neurótico ofrece su castración para no saber de la castración en el Otro. El sufrimiento quiere ser síntoma que -como plus de goce que articula la pérdida- deberá ser desplegado en la transferencia con el analista para llegar a inscribir un orden de falta.-

En Lovaina, Lacan dice que en la repetición se trata de la re- petición, re-demanda: dos, tres, una infinidad de veces la demanda que si está ahí es para algo distinto que para desembocar en el anonadamiento. Si hay algo que insiste es porque tiene un sentido, y ese sentido es del orden del goce, sustancia de todo lo que sucede en un análisis.

El trabajo del saber en el análisis va a ir gastando ese sentido, sacando carne al significante amo, horadando así su potencia imperativa. Pero en el análisis no se trata de eliminar la determinación, sin la cual no podríamos hablar, sino de que a partir de la asociación libre, de los mediodichos de la verdad y siguiendo los meandros de la significación, el analizante arribe a un decir interpretante que permita poner lo que era del orden del goce a cuenta de la causa de deseo.

El discurso del analista es el único que no encuentra el lugar del semblant ocupado por un significante sino por un objeto que se dirige a un sujeto dividido para que produzca los significantes de su determinación y los de su travesía.

En estos días en que la irrupción de un real nos confronta con la indefensión y el desamparo propio del trauma, discursos próximos a la religión suspiran por el Uno – *suspeoran* ironiza Lacan. Para los analistas se trata de seguir dando lugar al decir, desear “...o peor”.

Los analistas sostenemos en el “siga hablando, algo nuevo va a aparecer” la responsabilidad ética que reviste hacer entrar al sujeto en el orden del deseo porque será su laborioso trabajo lo que le permitirá arribar al verdadero ateísmo que implica anoticiarse de que el gran Otro está afectado de incompletud, que el saber que trabaja no es más que el suyo y entonces apoyar su lazo en el pequeño otro que, tan extranjero como íntimo, le es indispensable para elaborar la pulsión.

Si nuestra práctica es política es porque tiene consecuencias, porque abre diferencias productivas a la hora de hacer más vivible el malestar que lleva la vida, permitiendo al analizante poner una distancia respecto del imperativo de goce y hacer con ello algo que no sea el anonadamiento y el encierro sino más bien algo relativo a la falta que sostiene su deseo y la palabra que sostiene su existencia.